



Tensiones entre procesos de patrimonialización y modernización neoliberal. El caso de los paisajes culturales modernos: conjuntos habitacionales y barrios obreros en América Latina en el siglo XX

Tensions between heritage processes and neoliberal modernization. The case of modern cultural landscapes: Housing projects and working class neighborhoods in Latin America in the twentieth century

Marco Valencia*

Recibido: 30 de marzo de 2017

Aceptado: 05 de junio de 2017

Resumen

El presente artículo visibiliza los procesos de patrimonialización de los conjuntos habitacionales modernos en América Latina y de barrios obreros en Santiago de Chile. Para ello, se despliega la tensión entre tradición moderna y modernización neoliberal. El concepto que engloba la valoración de estas áreas patrimoniales es el de "paisaje cultural moderno". Para cada caso de estudio se desarrollan metodologías de producción de información, provenientes del análisis de las declaratorias de Zonas Típicas, entrevistas a gestores locales del patrimonio y la revisión monográfica acerca de conjuntos modernos latinoamericanos. Se concluye que la figura de la Declaratoria de Zona Típica puede actuar como una tipología preservacionista para el "Patrimonio Habitacional Moderno" permitiendo neutralizar la especulación inmobiliaria, posible permisividad de planes regulares comunales y vulnerabilidad en la gobernanza municipal.

Palabras clave: barrios obreros, conjuntos modernos de vivienda, paisajes culturales modernos, patrimonialización.

Abstract

This article shows the processes of patrimonial action of modern developments in Latin America and working class neighborhoods in Santiago, Chile. For this, it unfolds the tension between tradition and modern neo-liberal modernization. The concept that encompasses the valuation of these heritages are as is the "modern cultural landscape". For each case study, methodologies to produce information are developed from the analysis of the "declarations of typical zones", interviews with local heritage managers and the monographic revision on modern housing developments in Latin America.

Keywords: modern cultural landscapes, modern building, patrimonialization, workers villages.

* Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanos y del Paisaje, Universidad Central de Chile, Santiago, Chile. Contacto: mvalenciap@uccentral.cl

Cómo citar: Valencia, M. (2017). Tensiones entre procesos de patrimonialización y modernización neoliberal. El caso de los paisajes culturales modernos: conjuntos habitacionales y barrios obreros en América Latina en el siglo XX. *Revista de Urbanismo*, 36, 3-16. <http://dx.doi.org/10.5354/0717-5051.2017.45198>

Introducción

Paisajes culturales modernos. Comentarios en torno a un concepto

El objetivo principal del presente artículo es caracterizar el concepto de paisaje cultural, aplicado al caso de los conjuntos y barrios obreros de tradición moderna. Del mismo modo, se busca caracterizar la tensión entre el patrimonio de tradición moderna y los procesos de modernización neoliberal. Para ello, se realiza una sistematización de casos internacionales de puesta en valor del patrimonio habitacional moderno. Finalmente, el texto reconoce los discursos de valoración del patrimonio habitacional moderno, presentes en los expedientes de declaratoria de Zonas Típicas y en las opiniones de los gestores locales del patrimonio, para el caso de conjuntos modernos y barrios obreros en Santiago de Chile.

La hipótesis de trabajo plantea que los repertorios patrimoniales de valoración y protección de conjuntos habitacionales modernos y barrios obreros se constituyen, para los casos latinoamericanos, en una representación de la tradición urbana y arquitectónica moderna, que entra en tensión con las lógicas neoliberales de modernización territorial. Se estima que el concepto de paisaje cultural moderno es útil para englobar las dimensiones comunes para los casos presentados.

En décadas recientes, hemos sido testigos de cómo el término “paisaje” ha sido utilizado en un sentido amplio en diversas disciplinas de las ciencias sociales. Esta noción ha sido revitalizada para dar cuenta del interés por la percepción vivencial del espacio, vinculada con la afectividad y al contexto sociocultural de los actores sociales (Martínez y Ellison, 2009, p. 9). Para la antropología, el término tiene muchos significados y su interpretación ha ido cambiando a lo largo del tiempo. “Paisaje” puede significar la topografía y la forma de la tierra de una región determinada, el terreno en el que vive un pueblo, el fragmento de tierra que puede contemplarse desde un mirador, o bien, la significación que tiene esta tierra para quien la contempla o vive. El paisaje puede ser un objeto, una experiencia o una representación. En suma, a grandes rasgos en

antropología podrían identificarse dos usos o interpretaciones del concepto:

(...) el paisaje como percepción visual del territorio representado de la manera estética (el paisaje en sentido restringido o estricto); y por otro, el paisaje como conjunto de relaciones entre personas y lugares que proporcionan el contexto para la vida diaria (el paisaje en sentido amplio) (Martínez y Ellison, 2009, p. 9).

Dentro de esta visión en *sentido amplio* del paisaje, queremos relevar la noción de paisaje cultural. Este ha sido definido por la Convención de Patrimonio Mundial de la Unesco en 2005 como

(...) la obra combinada de la naturaleza y el hombre, que ilustran la evolución de la sociedad y los asentamientos humanos en el transcurso del tiempo, con la influencia de las restricciones físicas y/o las oportunidades presentadas por su ambiente natural y de las sucesivas fuerzas sociales, económicas y culturales. (Navarro y Ciselli, 2016, p. 5).

En sentido metodológico este encuadre exige contemplar el paisaje no solo como un telón de fondo, sino como un elemento en permanente transformación e interacción con las expresiones de la esfera cultural. La expresión “narraciones del paisaje” permite establecer las relaciones dinámicas que pueden llegar a comprobarse entre paisaje y narrativa¹, a manera de pautas de visibilidad (Nieto, 2008, p. 8). De este modo, es posible interrogarnos acerca de cómo el relato de la modernidad industrial y desarrollista se ha visto plasmado en configuraciones estéticas, donde el diseño urbano ha operado como un elemento de anclaje de las narrativas en la construcción del cotidiano espacial de los habitantes de las ciudades del siglo XX.

Entendido así, el paisaje cultural moderno derivaría de la interacción del ser humano con la naturaleza en un constructo antrópico que crea o recrea un tipo específico de paisaje. Como se ha dicho, este tipo de paisaje corresponde a los tiempos y consolidación del relato del desarrollo industrial y los estados keynesianos en sus diversas expresiones geográficas. La construcción de un

¹ Narrativa, en el sentido que le da al término Paul Ricoeur (1983).

paisaje cultural propiamente moderno ha sido entendida, del siguiente modo:

El paisaje urbano moderno se apoya en lo que se conoce como la “Ciudad verde” de Le Corbusier, protagonizada por los rascacielos que cierran la escenografía de la ciudad, árboles de gran porte en primera línea y pequeñas siluetas de ciudadanos desarrollando múltiples actividades. Esta idea contiene todos los ingredientes que conforman el paisaje de la ciudad moderna: la interacción entre naturaleza y artificio, la vinculación de lo verde con el espacio público y la mezcla de la estética de lo pintoresco con el trazado regulador de los edificios modernos (Rey, s/f., p. 8).

En cuanto al paisaje obrero podemos señalar que se asocia a la morfología adyacente a fábricas o industrias, que se encargaron de proveer habitación y equipamiento comunitario a sus trabajadores y que conforma un tipo particular de sociabilidad.

De esta manera dichos conceptos estarían ubicados diacrónica y sincrónicamente en el siglo XX, en aquellas regiones del mundo que adoptaron como modelo proyectual y constructivo la arquitectura moderna o el paisaje de ciudad obrera.

Las postrimerías del siglo pasado han visto una decadencia material y simbólica de los espacios producidos por el proyecto moderno: grandes unidades vecinales, villas obreras, instalaciones fabriles, ferroviarias y otras, han sido resignificadas como espacios de inseguridad, decadencia, no lugares, *terrain vague*, etc. Sin embargo, el reciente siglo ha sido testigo de una renovada preocupación por la puesta en valor y protección de dichos espacios modernos. La defensa de estas arqueologías espaciales modernas ha ido de la mano de una preocupación por proteger y rescatar, ante diversas amenazas, los modos de vida comunitarios asociado a estas formas particulares de configuración espacial.

Diversa literatura reciente ha señalado la conexión entre los procesos de neoliberalización económica y las transformaciones urbanas en las principales ciudades del orbe (Davis, 1990; Harvey, 2013; Soja, 2000; Wacquant, 2010). Los ideólogos del urbanismo de libre concurrencia (Glaeser, 2011) se han esforzado por demostrar que la

aplicación de paradigmas habituales de la economía neoliberal a temas urbanos, como dejar al Estado fuera de la tarea de regular seriamente los mercados del suelo y la propiedad inmobiliaria y minimizar las intervenciones de la planificación urbana, regional y local en favor de mayor justicia territorial, era la mejor forma para el crecimiento económico (Harvey, 2013). La articulación de intereses financieros y la aplicación de agendas neoliberales durante las dos décadas precedentes han generado, en gran parte de las ciudades del orbe, efectos significativos en materia de desarrollo urbano. En este sentido, las ciudades han devenido, en las últimas décadas, en centros estratégicos para el avance desigual de proyectos de reestructuración neoliberal, con su secuela de transformaciones y crisis en el espacio urbano. La fragmentación urbana, la segregación socioterritorial, la militarización de los territorios marginalizados, la gentrificación de las zonas centrales y la crisis ambiental, son algunos de los fenómenos que se han agudizado con las políticas de reestructuración (Deutsche y Ryan, 2015; Soja, 2000; Leitner, Peck & Sheppard, 2007; Wacquant, 2010).

El concepto de *neoliberalismo realmente existente* desarrollado por Brenner, Peck y Theodore (2015), permite entender las diversas interacciones entre escenarios regulatorios heredados y proyectos emergentes de reformas neoliberales orientados al mercado. Para estos autores el neoliberalismo no es un sistema acabado, sino más bien un proceso de transformación socioespacial que conjuga elementos del viejo sistema keynesiano y reformas de mercado, en intensidades diversas y con comportamientos geográficamente variables.

En este sentido, la implantación del neoliberalismo urbano en los territorios y sus efectos en cuanto a la agudización de la fragmentación urbana, la segregación socioterritorial, la militarización de los territorios marginalizados, la gentrificación de las zonas centrales y la crisis ambiental, son algunos de los fenómenos que son considerados como una amenaza por los habitantes de barrios tradicionales modernos en muchos lugares del mundo. De esta manera, podemos reconocer hoy una tensión entre las diversas formas que asume la modernización neoliberal en los territorios y la tradición

moderna urbana arquitectónica, que queremos relevar con el concepto de paisaje cultural moderno.

El primer punto explica el amplio abanico de los repertorios patrimoniales en la actualidad, describiendo el nuevo escenario urbano implantado por el neoliberalismo en los territorios y en segundo término se caracteriza el concepto de paisaje cultural moderno para englobar el estado de conjuntos modernos latinoamericanos y barrios obreros chilenos.

Desde el punto de vista metodológico, la información producida en el presente artículo responde al uso de técnicas de investigación cualitativas. En particular se despliegan las siguientes técnicas: análisis de los expedientes de Zonas Típicas de los conjuntos seleccionados en el presente artículo, sistematización de bibliografía secundaria para revisión de casos internacionales de puesta en valor de conjuntos habitacionales modernos, y análisis de entrevistas a gestores patrimoniales.

Paisajes culturales modernos. Lo moderno como tradición

El siglo XX fue sido testigo de una progresiva ampliación de los repertorios patrimoniales. Al respecto Choay (2014) señala que desde los años de la posguerra europea, todas las formas del arte de edificar —cultas, populares, urbanas y rurales— todas las categorías de edificios —públicos y privados, suntuarios o utilitarios— han sido incorporados bajo nuevas denominaciones: arquitectura menor (para definir construcciones privadas no monumentales); arquitectura vernácula (para designar edificaciones con una marcada identidad territorial); y arquitectura industrial (para designar construcciones fabriles, productivas o ferroviarias), entre otros. “Finalmente el dominio patrimonial ya no se limita a los edificios individuales, incluye conjuntos de edificaciones y tejidos urbanos: manzanas y barrios urbanos, aldeas, ciudades completas (...) como refleja la lista de patrimonio de Unesco” (Choay, 2014, p. 18)

Desde esta perspectiva la ciudad histórica constituye, en sí, un monumento, pero es al mismo tiempo un monumento viviente. Por tanto, no se puede definir como un edificio singular, aislado del contexto edificado en el que se inserta y tampoco separase de los usos

sociales que lo sostienen y valoran. La naturaleza misma de la ciudad y de los conjuntos urbanos tradicionales, su ambiente, resulta de esta dialéctica entre esta monumentalidad y su entorno edificado y social. Por tanto, aislar o despejar un monumento equivale a mutilarlo, la relación entre entorno y monumento es esencial para su valorización.

Ahora bien, esta valoración de los barrios antiguos debe ser cauta respecto de la generación de la plusvalía simbólica que produce, en tanto puede ser capturada por las lógicas especulativas del capital inmobiliario y de la depredación de la industria turística global. Para Choay, los barrios antiguos solo podrán ser conservados e integrados en la vida contemporánea, si su nuevo destino es compatible con su escala y morfología. Se debe saber mesurar los procesos de renovación asociados al turismo cultural, así como la implantación de actividades terciarias de envergadura que aumentan excesivamente los flujos migratorios, el tráfico y el sobreconsumo.

Este patrimonio urbano está adaptado, por el contrario, a la actividad residencial y a la implantación de servicios de vecindad (pequeños comercios, escuelas, consultorios) que le están asociados y que, a condición de ser dominantes, son compatibles con un mínimo de actividades de investigación, difusión del conocimiento y del arte. Considerados desde este ángulo, centros y barrios antiguos representan hoy un recurso escaso, objeto de una demanda social (Choay, 2014, p. 214).

Para el caso chileno, entre los barrios tradicionales más reconocidos se encuentra Yungay. Este ha obtenido protección legal por parte del Estado a través de la declaratoria de Zona Típica², impulsada por la propia comunidad en 2009. Es considerado el primer barrio diseñado fuera del casco histórico en 1839, en el borde poniente del centro de Santiago de Chile. Sus propios vecinos han construido un relato de lugar que lo valoriza en cuanto una tradición de buen vivir: “probablemente la nostalgia que impera en el barrio Yungay tenga que ver con la forma en que se hacía ciudad antes, la planificación y el diseño pensando en una calidad de vida

² Los dos cuerpos legales que reconocen dicha figura son: La ley 17.288 de Monumentos Nacionales de 1970, y el reciente reglamento que complementa dicha ley, de febrero de 2017.

perdurable, no transable con el progreso” (Carvajal y Muñoz, 2016, p. 60).

En este sentido, los procesos modernizadores de reestructuración neoliberal, entendiendo por tal la maximización de la inversión inmobiliaria en los territorios (López-Morales, Gasic Klett y Meza Corvalán, 2012; Vicuña, 2013) pueden tener una relación irreconciliable con los intereses de protección y defensa de la escala, la morfología, identidad y usos de los habitantes de los barrios tradicionales de la metrópolis. Para Rojas (2015), esta tensión entre proyecto modernizador y las lógicas patrimoniales comunitarias, en el caso latinoamericano, tiene tres aspectos significativos. En primer lugar, los barrios tradicionales de las ciudades nuestras son un producto de la modernidad industrial; particularmente los barrios obreros de la primera mitad del siglo XX (que son los que Rojas estudia en Chile y México) y agregaríamos, los barrios de empleados de clase media de mediados del siglo pasado. Son, entonces, patrimonios vivos de data reciente, pero que ante la avalancha de los procesos modernizadores neoliberales se yerguen como símbolos de resistencia de vida comunitaria y solidaridad orgánica vecinal. Son signos de un buen vivir, de escala humana y residencial, con dotación de equipamiento y espacialidad pública. Refuerzan también la memoria asociada al viejo mundo del trabajo como elemento de pertenencia y distinción social. Es evidente su abandono y obsolescencia física. Sin embargo, son revalorizados frente a las nuevas formas de habitabilidad de la ciudad del hiperconsumo y la individuación. Estamos, por tanto, ante una tradición moderna, que reconoce en la configuración proyectual, material y vivida de los espacios modernos, un lugar histórico digno de ser preservado.

Así mismo, los movimientos de defensa patrimonial sintetizan los valores tangibles e intangibles de estos barrios, relevando tanto su configuración material como sus relatos e imaginarios. Por último, este patrimonio tiene altos componentes de construcción social, significada por los propios actores, porque es un patrimonio vivo. Es decir, se juega en una interpretación social constante de la relación entre pasado y presente.

La tradición moderna: barrios obreros y conjuntos de empleados

La tradición moderna. El Barrio Obrero como resistencia al urbanismo neoliberal. La escuela de geografía crítica, siguiendo los postulados de Henry Lefebvre, ha coincidido en que, en el marco del proceso de reestructuración neoliberal, la dimensión espacial ha asumido un rol central en el conflicto de clases inherente a la sociedad capitalista (Harvey, 2013; Soja, 2003). Esta se manifiesta en la creación de barrios segregados y excluyentes, ya sea en el abandono y criminalización de barrios de subproletariado e inmigrantes empobrecidos (Wacquant, 2007) o en la fortificación de barrios cerrados de clases acomodadas (Amendola, 2000). Estas luchas por la apropiación del espacio urbano, han generado una doble amenaza para el tejido moderno de barrios de tradición obrera.

Dado que el proceso de desindustrialización de las economías centrales y en vías de desarrollo ha generado un progresivo abandono y obsolescencia física y simbólica de barrios industriales de fuerte tradición obrera, se han convertido en lugares deseables para procesos de reconversión o renovación urbanos.

De esta forma, dada su excelente localización y conectividad (suelen tener, por evolución histórica una ubicación metropolitana central o pericentral) y son también un buen lugar para la llegada del capital inmobiliario y la inversión en megacentros de consumo urbano. Ello, permite al privado recuperar las externalidades positivas que son inherentes a la localización central, con baja inversión, dado el soporte en equipamiento y conectividad que ya posee el área central.

Como lo relatan los vecinos del barrio de tradición obrera Matta Sur ubicado en el sur de la comuna de Santiago, muy cercano al centro histórico de la ciudad:

(...) hoy en día el sector se ve amenazado por cambios que son fácilmente identificables, como por ejemplo, la fuerte presencia de una edificación residencial a gran escala. Como consecuencia de un bajo costo de los terrenos, sumados a un constante deterioro, surge la actividad inmobiliaria incentivando el repoblamiento que desencadena una serie de resultados que en su conjunto descartan la escala

humana de las calles, atentando finalmente contra la calidad de vida de sus habitantes (Agrupación Matta Sur, 2012).

Estas operaciones de modernización requieren de la limpieza de los territorios, mediante la destrucción de zonas de vivienda popular y de antiguas instalaciones industriales o el desplazamiento forzado de población, como ocurrió en Santiago de Chile con las erradicaciones forzadas de habitantes de cités y conventillos hechos por la dictadura cívico-militar entre 1978 y 1983 (Rodríguez y Rodríguez, 2009).

En segundo término, la obsolescencia de barrios industriales en Europa y EE.UU., ha sido también una oportunidad para operaciones de reconversión urbana basados en la creación de nueva oferta artística y cultural.

El barrio de Lower East Side en Nueva York, es un barrio de alto valor patrimonial, para los actuales mercados de arte e inmobiliarios (...) barrio de clase obrera durante 160 años, esta área se convirtió, durante los años ochenta, en el escenario de un nuevo fenómeno artístico: más de cuarenta galerías de arte (Deutsche y Ryan, 2015, p. 27)

El costo de esta transformación es transparentado por Rosalyn Deutsche: “Esta desafiante y novedosa arena artística es también una arena urbana estratégica en la que la ciudad, financiada por el gran capital, libra su particular guerra de posiciones contra la población local empobrecida y cada vez más segregada” (Deutsche y Ryan, 2015, p. 30).

Esta estrategia consta de dos partes: su objetivo inmediato consiste en desplazar a una población de clase trabajadora que se considera superflua, arrebatándoles el control de la propiedad de sus barrios y viviendas y devolviéndoselos a los promotores inmobiliarios. El segundo paso consiste en estimular el desarrollo a gran escala de las condiciones apropiadas para albergar y mantener la fuerza de trabajo propia del capitalismo financiero, esto es, el profesional blanco de clase media preparado para servir a la sociedad estadounidense posindustrial. La gentrificación, en este sentido, no debe ser entendida solo como la transferencia de localización de una clase social a otra, o el desplazamiento de población producto del aumento de renta en

determinada zona de la ciudad, o como la llegada de *la clase creativa* a centros deteriorados (Florida, 2002), sino del cómo mediante procesos de destrucción creativa, los barrios obreros son aniquilados material y simbólicamente por las dinámicas financieras e institucionales del neoliberalismo realmente existente (Brenner et al., 2015).

Frente a este escenario nada favorable, muchos habitantes de un sinnúmero de barrios obreros se han organizado en torno a una causa y estrategia común: la defensa de sus territorios frente a estas amenazas modernizadoras. La estrategia no es la estructura política de inspiración económica, sino la intersubjetividad cultural a partir de asociaciones vecinales que, sin desconocer las problemáticas económicas de su entorno, basan sus reivindicaciones en simbolizaciones patrimoniales (Rojas, 2015, p. 51).

Este es el caso de los barrios San Eugenio y San Vicente, ubicados en el sector sur poniente de la comuna de Santiago, Chile, donde se reconoce una zona que comparte un origen común vinculado con un momento particular de la historia de la ciudad: la consolidación del Santiago industrial a comienzos del siglo XX.

Ambos barrios están en proceso de patrimonialización por parte de los vecinos.

La relación entre las instalaciones fabriles y el Barrio Obrero es indisoluble para los criterios de valoración de sus habitantes:

Las poblaciones obreras y sus espacios comunitarios integrados con las infraestructuras de las fábricas, contribuyeron a consolidar nuevas formas de vida, que vinculaban la vida cotidiana del barrio con el nuevo tipo de trabajo de producción de forma armónica en el mismo contexto urbano, generando nuevas identidades sociales. Las nuevas fábricas no solo ofrecieron empleos, sino que también se constituyeron en espacios para formar nuevas redes sociales, lazos de amistad (Carvajal y Muñoz, 2016).

La principal amenaza ha sido el proceso de desindustrialización que ha generado alteraciones en el paisaje.

Sin embargo, para los activistas del barrio, el sentimiento de comunidad sigue intacto. Cabe mencionar

que el Estado chileno declaró Zona Típica las instalaciones de la ex Maestranza de Ferrocarriles San Eugenio en 2007 (D.E. Nº 2050, 2007), actualmente en desuso.

La propuesta de patrimonialización de los habitantes incluye las instalaciones declaradas por el Estado, pero aumenta la superficie de protección a 146,4 hectáreas, e incluye 17 poblaciones obreras.

Por su parte, Rojas (2015) en su estudio acerca de los colectivos de defensa patrimonial del barrio obrero La Fama en Ciudad de México, da cuenta de que si bien el objetivo puntual de la organización fue originalmente defender las instalaciones de la fábrica textil que dio origen al barrio, el discurso de patrimonialización no se basa en defender la industria como símbolo del desarrollo productivo, sino en valorar cómo la comunidad construyó su vida y su barrio en torno a ella, conformando un paisaje cultural, en el sentido de la forma en que una comunidad produce y se apropia de un espacio, el cual adaptan a sus propias necesidades culturales, materiales y espirituales, creando determinadas formas de organización social, política y económica.

Esta noción de defensa de un paisaje cultural se presenta en otro caso similar. El actual conflicto en torno a la fábrica de paños Bellavista Oveja Tomé, en el sur de Chile, que ha sido declarada Monumento Nacional por el Estado chileno el año 2016, debido a la presión ejercida por la Mesa Ciudadana por el Patrimonio de Tomé. En este caso la red de organizaciones que constituyen el movimiento patrimonialista, no solo declaró patrimonio la exfábrica, sino que la ciudadela obrera y el espacio público —borde río—, con un total de seis hectáreas protegidas. Huelga decir que tanto para el caso de Ciudad de México como en el de Tomé, la amenaza que da origen al conflicto fue la adquisición del inmueble fabril por privados para la construcción de un gran centro comercial.

En los casos mencionados la construcción del patrimonio es una operación dinámica enraizada en el presente, a partir de la cual se reconstruye, selecciona e interpreta el pasado. “No se trata del homenaje a un pasado inmóvil, sino de la invención a posteriori de la continuidad social, en la cual la tradición juega un papel central” (Rosas, 2005, p. 65).

Esto queda claro en la argumentación de los vecinos del barrio Matta Sur (declarado en 2016, Zona Típica) para defender su protección patrimonial:

(...) el sector se vincula a un Santiago industrializado en crecimiento que debía abastecer a su gran población, con viviendas en poco espacio. Reflejo de esto son los cités que aún se pueden apreciar en el sector y las viviendas de frentes pequeños. La idea era tener cerca a sus lugares de trabajo sin estar insertos necesariamente en el centro mismo de la ciudad (Agrupación Matta Sur, 2012).

El tejido de barrio obrero, es asumido como patrimonio menor, pero no por ello deja de ser significativo como pieza de un pasado singular:

(...) si bien el barrio en su totalidad no presenta un gran interés de tipo patrimonial, encontramos elementos que son dignos de estudio como las Zonas Típicas Madrid y Serrano, además de una serie de inmuebles de conservación histórica, que han sido fieles espectadores de todos los cambios que ha ido sufriendo el sector a lo largo de los años, comenzando por la degradación de las viviendas que en un principio cobijaban a las familias de obreros (Agrupación Matta Sur, 2012).

Esta preocupación por el estado actual de muchas viviendas obreras dice relación con la valoración de calidad constructiva de las mismas, reconociendo un estatuto de dignidad del habitar para los sectores desfavorecidos, constituyendo esta forma de habitar en una tradición moderna:

Sus viviendas constituyen un conjunto que concentra tecnologías constructivas típicas de la época, en donde el bloque como elemento se transforma en la representación tangible e la unión de la clase obrera para lograr obtener su vivienda digna, ejemplo de construcción popular en barrios (Agrupación Matta Sur, 2012).

Esta lectura material del barrio obrero se complementa con las valoraciones del modo de vida, pues las características físicas del barrio, trama ortogonal de manzanas alargadas y fachada continua de baja altura:

(...) fortalece la identidad patrimonial del paisaje local (...) y, por consiguiente, sus habitantes adquieren una

fuerte identidad de barrio, donde la Plaza Bogotá se transforma en el centro neurálgico de encuentro de la comunidad, extendiéndose esta vida por sus calles, donde se establecen ferias y las personas fortalecen su lazo con el territorio (Agrupación Matta Sur, 2012).

En este sentido, para el caso de los conjuntos modernos de tradición obrera, la construcción de memoria social aparece como un dispositivo clave para activación patrimonial desde abajo. Las experiencias de organización sindical o comunitaria asociada al trabajo constituyen un reservorio imprescindible para activar la reactivación patrimonial.

Ahora bien, la memoria es un tipo de saber activo que selecciona, ordena y cita de acuerdo con las necesidades presentes de cada sujeto, constituyéndose como un proyecto, una voluntad o un deseo. En el marco de la disolución de los proyectos colectivos el lugar de la memoria es marginal. Allí donde no existe un vínculo social fuerte no hay soporte ni material para construir memorias colectivas. Sin embargo, la gestión de esa memoria social que perdura, aunque eclipsada por el presente y el exceso de pasado banalizado por los *mass media* y la industria del turismo patrimonial tiene como sentido fundamental pensar un futuro distinto del que nos ofrece el presente como perpetua repetición.

Es así que el auge de las identidades y las memorias locales puede entenderse como parte de un movimiento de reivindicaciones políticas, que reconoce en la memoria vectores de futuro que le permiten cuestionar el modelo de vida que el progreso ha generado.

Por ejemplo, entre los objetivos de los vecinos del conjunto moderno EMPART-Salvador, de la comuna de Ñuñoa, en el oriente de Santiago, declarado patrimonio en 2010 (Decreto N° 377, 2010), estaba el rescate de identidades que reafirmaran el tejido social, el sentido de pertenencia y los espacios de ciudadanía que despliegan los sujetos que conviven en un espacio común.

La tradición moderna: conjuntos para empleados y Unidades Vecinales como resistencia al urbanismo neoliberal

Los grandes conjuntos modernos inspirados en la teoría de la unidad vecinal y el movimiento moderno de

la arquitectura han configurado gran parte del pericentro urbano de las principales ciudades latinoamericanas. Desarrollados a mediados del siglo XX, configuran la espacialidad para una naciente clase media asociada al crecimiento del empleo público y del desarrollo económico de nuevos sectores de trabajadores de servicios y comercio, surgidos al calor del modelo de estado desarrollista, de sustitución de importaciones. Son proyectos de gran envergadura, dada su implantación en macromanizanas, sobre una vasta superficie de espacio público y que contiene cantidades diversas de equipamiento y servicio edificados.

A diferencia de la vivienda obrera tradicionalmente (aunque no exclusivamente) configurada en manzanas de fachada continua con perforaciones variables en forma de cités o conventillos, de baja altura; los conjuntos de unidades vecinales están edificados bajo la tipología de bloques y torres, lo que constituye una imagen distinta de los barrios obreros tradicionales. De evidente inspiración vanguardista, gran parte de estos proyectos canalizan las aspiraciones de los arquitectos inspirados en valores éticos y estéticos de tradición moderna: el arte presente en el cotidiano y al servicio de las grandes mayorías postergadas. Un ejemplo en Buenos Aires, Villa Soldati (1973-1978), es ilustrativo:

En tanto espacio promovido por el Estado, planificado por un reconocido *staff* de arquitectos de la época y construido con una tecnología novedosa para el momento, el emprendimiento fue originalmente concebido como lugar donde se concretaría una utopía urbana heredada de los valores de la modernidad (Girola, 2005, p. 9)

La influencia de la arquitectura moderna se explica también con la presencia de diversos arquitectos representativos de este movimiento que visitaron América Latina a mediados del siglo pasado. Por ejemplo, particularmente significativas son las visitas de José Luis Sert a Colombia y Perú, de Le Corbusier a Argentina y Colombia, de Walter Gropius y Richard Neutra a Perú, y la residencia de Tibor Weiner en Chile, entre otros. Es el caso del Conjunto Urbano Cerro Grande (1952), de clara influencia *lecorbusiana*, construido en Caracas (Meza y Linero, 2013). Una adaptación de las teorías modernistas es también expresada en el Conjunto Urbano Antonio Nariño, en Bogotá, construido entre 1952 y 1958, bajo un

lenguaje moderno bien definido, donde se identifican claramente elementos típicos como la planta libre, la austeridad en las fachadas, los volúmenes esbeltos y el manejo de condiciones ambientales como determinantes del diseño.

En el caso cubano se reconoce una influencia tardía del movimiento moderno respecto de otros países del continente, sin embargo, se asume una síntesis de las tendencias europeas y, en especial, de las norteamericanas. La obra emblemática de este influjo es la Unidad Vecinal Camilo Cienfuegos (1959-1962), construida a principios de la Revolución Cubana como iniciativa del gobierno revolucionario para darle solución al grave problema de vivienda por el que atravesaba el país. La supresión de la manzana cuadrículada, la alternancia entre edificios altos y bajos permitió establecer una articulación volumétrica que configuró una sucesión de espacios con plazas interiores; las áreas verdes que separan las viviendas de las vías de circulación y la estructuración de diversos niveles de servicios, reflejan las tendencias del urbanismo moderno.

También grandes arquitectos locales participaron del diseño y construcción de esta tradición arquitectónica moderna. Mario Pani, principal arquitecto moderno mexicano, proyecta en 1947, al sur de Ciudad de México, el Centro Urbano Presidente Alemán, primer conjunto de este tipo en este país. Cuenta con una piscina olímpica y los edificios de grandes alturas se construyen en zigzag, atravesando el predio como lo proyectó Le Corbusier para la Unidad de Marsella.

La envergadura y complejidad de dichos proyectos no podría haber alcanzado su materialización en obra, sin la articulación con el entramado institucional del Estado benefactor en sus diversas expresiones geográficas. Queremos decir con esto, un estado planificador, responsable en gran medida de las estrategias de desarrollo territorial; y un estado productivista, que permitía canalizar los impulsos e intereses privados en la realización de formas de habitabilidad cuyo norte era la integración social.

En el caso peruano, el año 1946 se crea la Corporación Nacional de la Vivienda, orientada a resolver el problema de la Vivienda para empleados, obreros y personas de bajos recursos en todo el país. El Estado aportó áreas de terreno para poder llevar a cabo

unidades vecinales. Una obra característica de la gestión de la Corporación fue La Unidad Vecinal Matute La Victoria en Lima (1953-1954) (Olguín, 2016). Su símil en Chile fue la Corporación de la Vivienda (CORVI) creada en 1953, la que se constituye como una verdadera escuela de proyectación arquitectónica, configurando el paisaje del pericentro urbano de casi todas las grandes ciudades chilenas (Raposo, 2001). El conjunto Unidad Vecinal Portales (1955) es representativo de la gestión de CORVI. (Forray, Márquez y Sepúlveda, 2011). En Venezuela se crea en 1951 el Plan Nacional de Vivienda, con propuestas para los primeros edificios de alta densidad y gran altura, conocidos como superbloques, de clara impronta moderna.

Significativo resulta el Conjunto Urbano Cerro Grande, en Caracas (1952-1954), que destaca por ventajas como la orientación solar óptima e igual para todos los ambientes, construcción económica, sencilla, sistema simple y diferenciado de circulaciones, zonificación definida, máximo de zonas verdes (90% disponible). Los superbloques de 14 pisos fueron pensados para familias de clase media.

La Declaratoria de Monumento Histórico de Ciudad Evita (1948-1950), en Buenos Aires, grafica esta articulación entre estado desarrollista y vanguardias arquitectónicas:

Ciudad Evita fue proyectada por el Estado Nacional, para dar solución al problema de la vivienda popular originado por la masiva migración, y la explosiva oferta de mano de obra industrial que se dio a partir de la década de 1940 (...) las necesidades básicas de educación salud, cultura, comercio y recreación fueron contempladas en esta ciudad, desde su planificación, lo cual garantizó así un elevado nivel de vida de sus habitantes (...) Ciudad Evita fue pensada en base al modelo de ciudad jardín de Howard, urbanista de fines del siglo XIX. Dicho modelo sostenido por María Eva Duarte de Perón para dignificar la vida de los sectores populares significó un avance en el tratamiento de la vivienda social en la República Argentina (Olguín, 2016).

Son las Corporaciones de Vivienda estatales las llamadas a organizar el proceso de urbanización de las ciudades, definiendo criterios de localización,

distribución del equipamiento y dotación de áreas verdes y espacio públicos para toda la población de las ciudades.

La organización del trabajo en la forma de sindicatos o cajas de empleados jugó un rol fundamental en materia de composición del tejido vecinal, organizando la demanda de forma colectiva y constituyendo un estrato organizacional para la gestión y mantención de los grandes conjuntos. Para nadie es un misterio que hoy la condición material y el tejido social de estos conjuntos se encuentra, seriamente dañados.

Uno de los factores que más ha incidido en el deterioro de dichos conjuntos ha sido el progresivo abandono de los soportes de gestión y sustentabilidad que les brindaba el modelo desarrollista. Lo propio ha ocurrido con las redes institucionales de las corporaciones estatales de vivienda, presentes en los territorios, así como la organización del trabajo de gestión y mantención de los conjuntos dependiente de las cajas de previsión. Esta retirada de los dispositivos de protección de la vida material y simbólica de las comunidades entregó la responsabilidad de cuidado y mantención de los barrios exclusivamente a la diversa capacidad de organización y financiación vecinal de la sustentabilidad de los conjuntos.

Por ejemplo, el Conjunto Presidente Alemán (CUPA) se diseñó para ser administrado únicamente por el ISSTE mexicano; el modelo funcionó por muchos años y fue el símbolo de un estado poderoso y paternalista, sin embargo, las crisis producidas en los años 70 y 80 mermaron la capacidad para sostener financieramente el conjunto. A fines de 1988 se vendieron los departamentos y locales comerciales a sus ocupantes. Abruptamente el CUPA pasó de un régimen de renta y un solo propietario al régimen condominal con más de 1.000 propietarios.

Ante a esta situación de evidente amenaza, estos barrios modernos han corrido dispar suerte. La gran mayoría están abandonados sin protección ni apoyo financiero estatal y con tejido social dañado. Ejemplos abundan. El complejo Villa Soldati en Buenos Aires ha sido declarado después de una década de abandono, durante los gobiernos neoliberales de los 90, en situación de emergencia ambiental y edilicia por el gobierno de la ciudad. Recientemente se han generado proyectos de rehabilitación con fondos públicos y se ha fomentado la

organización vecinal. Sin embargo, a decir de los especialistas “pese a la reciente inversión estatal, el complejo presenta indicios de un notable deterioro estructural” (Girola, 2005, p. 9).

Un caso sorprendente de abandono es el que sufre el proyecto Unidad Vecinal n° 3, (1945-1949) en Lima, correspondiente a la primera gran obra del programa de Vivienda del Frente Democrático Nacional, en donde intervinieron el arquitecto Fernando Belaunde y el equipo de arquitectos encabezado por Alfredo Dammert. La propuesta inspirada en el modelo de unidad vecinal de Perry en 1929, se emplaza en una superficie de 30 hectáreas con diversas tipologías de vivienda, siendo la mayoritaria, el bloque de cuatro pisos. La edificación rodea una zona central que alberga los servicios comunales de equipamiento (cine, iglesia, campo de fútbol, piscina). El conjunto se encuentra rodeado por zonas verdes y no permite el acceso de vehículos en la trama de circulaciones interiores. El proyecto estaba destinado a albergar familias de bajos y medios ingresos. Pese a que el paso del tiempo ha modificado algunos elementos originales de la obra, como la invasión de áreas verdes, abandono de sectores de servicios, el proyecto sigue siendo para los especialistas “un ejemplo único de urbanismo”. Sin embargo, el conjunto no cuenta con ninguna protección patrimonial. Producto de aquello, el año 2014 se realizaron expropiaciones y limpieza para iniciar los trabajos de construcción de la línea dos del metro Lima y Callao (Olguín, 2016). Algo similar, pero con final distinto, ocurrió en Santiago de Chile con la construcción de una estación de metro en el conjunto habitacional CORVI, Villa Frei (1965-1969). Esta situación alertó a los vecinos, quienes se organizaron y lograron la protección patrimonial el año 2015. El metro ha comprometido a una intervención respetando los valores barriales e identitarios del conjunto, rebautizando incluso el nombre de la estación como Villa Frei (Gertosio, 2016).

El conjunto Presidente Alemán en Ciudad de México, por su parte, también se encuentra sin protección legal, con problemas de gestión y con una organización vecinal deteriorada, “convirtiéndose en un elefante blanco en peligro de extinción” (Olguín, 2016). Algunos pocos conjuntos, los más emblemáticos, han recibido la

protección patrimonial legal por iniciativa del propio estado.

El Conjunto Urbano Cerro Grande ya descrito fue declarado el año 2009 por el Estado venezolano como Bien de Interés Cultural. Sin embargo, al no estar incorporado en la categoría de protección patrimonio de lo construido, carece de protección legal respecto de intervenciones y amenazas del entorno: amenaza de la rampa norte de autopista, ocupación de terrenos libres, deterioro grave del centro comercial, el constreñimiento del espacio público del conjunto y otras (Meza y Linero, 2013).

La Unidad Vecinal Camilo Cienfuegos en Cuba, así como Ciudad Evita en Buenos Aires, dos símbolos del nacional populismo latinoamericano se encuentran protegidas por gestión del Estado. El conjunto urbano Antonio Nariño en Colombia también está bajo protección y fue declarado Bien de Interés Cultural; destacando que posee valores propios de constitución, autenticidad, de originalidad, formales y estéticos y representatividad histórica y cultural. A diferencia del caso de Cerro Grande, en esta declaratoria se hace especial énfasis en las calidades materiales y constructivas del inmueble, lo que garantiza una adecuada protección de los valores arquitectónicos.

Algunos de ellos han sido objeto de preocupación de la institucionalidad académica o del tercer sector. Por ejemplo, el caso del reciente mejoramiento de uno de los bloques (casa colectiva) Ciudad Evita en Buenos Aires (1948-1950), realizado en cogestión público-privada, con la aplicación de estrategias participativas (Bagnera, 2011). Cabe aclarar que este conjunto, obra emblemática del Peronismo, ha sido declarado Lugar Histórico Nacional, el año 1997.

La obra de Mario Pani, el Conjunto Urbano, Nonoalco Tlatelolco en Ciudad de México, goza de protección como zona patrimonial desde 2008. Es este un caso particular, ya que el conjunto construido entre 1960-1964 es un monumento polisémico. Por un lado, nos remite a la creación de una comunidad fuertemente arraigada en la idea de una miniciudad en la que podían coexistir habitantes de tres clases sociales diferentes (obreros, empleados y gerentes), en una solución urbana y arquitectura de gran valor estético y compositivo. A ello se suma la coexistencia de una zona de protección

arqueológica en el centro del conjunto; y, además, un hecho que marca la memoria social del movimiento estudiantil mundial: la matanza de estudiantes de la UNAM en la Plaza de las Tres Culturas, al centro del conjunto, en el año 1968.

Cabe mencionar que en otros casos, la activación patrimonial ha sido realizada por las propias organizaciones de las comunidades, resaltando no solo los valores arquitectónicos y urbanos, sino el modo de vida y la memoria social que han generado.

El imaginario del paisaje de unidad vecinal moderna se constituye en gran medida por la dotación de espacios libres. En el caso de los conjuntos modernos de Santiago este es uno de los principales argumentos para ponerlos en valor, en cuanto se yerguen como obras fruto de un diseño urbano que potencia los lazos vecinales y la calidad de vida de sus habitantes, generando espacios de encuentro social y de armonía con un entorno natural apropiado. Es así como los vecinos de EMPART–Salvador reconocen este atributo y lo consideran un elemento de distinción:

(...) este barrio alberga a cuatrocientas catorce familias, que tenemos la fortuna de contar con 2,5 hectáreas de zonas verdes, las que, a pesar de su insuficiente cuidado, son envidia de los visitantes. (Decreto N° 377, 2010).

En el caso de la Villa Frei en Santiago es muy significativo respecto de la importancia y valoración que dan a las áreas verdes sus habitantes. Villa Frei es uno de los conjuntos habitacionales de mayor magnitud construido por la CORVI y la Caja de Empleados Particulares (EMPART), entre los años 1964 y 1969. Tiene 3.699 viviendas, de diversas tipologías —incluye torres, bloques y viviendas de uno y dos pisos— en una gran área de 90 hectáreas. Es un hito dentro de la arquitectura moderna chilena y representa un ejemplo de diseño residencial moderno. Ha sido declarada patrimonio el año 2015, por gestión de sus propios vecinos. Los activistas patrimoniales comenzaron el trabajo de protección a propósito de un hecho puntual.

La noticia sobre la instalación de una futura estación de metro dentro del Parque Ramón Cruz y el anuncio de remodelación de este por parte del municipio (...) esto generó naturalmente preocupación en la

comunidad y, luego una estrategia de protección del sector, promoviendo y poniendo en valor sus características patrimoniales (Gertosio, 2016, p. 25).

Con cerca de tres hectáreas por el que se accede a la villa y que se despliega en forma longitudinal hacia su interior, genera un sistema de áreas verdes de pequeñas plazas comunitarias que privilegian la permanencia y circulación peatonal, logrando sostenerse pese a las adversidades.

A diferencia de muchas de las unidades vecinales modernas, que han visto el deterioro o la incompletitud de los espacios destinados a áreas verdes, la espacialidad pública de la Villa Frei se mantiene en muy buen estado, resistiendo el paso del tiempo y sorteando con éxito el fin del modelo de gestión anclado en la administración centralizada de la EMPART. Sin la estructura organizacional autogestionada de los vecinos, quienes en la década del 70 dieron vida a las áreas, es imposible comprender la consolidación del parque principal y del sistema de plazas interiores (Valencia y Olguín, 2015, p. 46).

Conclusiones

La calificación de paisajes culturales modernos ejemplificados en los conjuntos habitacionales construidos por las Corporaciones de la Vivienda tanto en Chile como en América Latina y el paisaje obrero conformado en Chile, nos circunscribe a un modo particular de paisaje que recrea un tipo de sociabilidad peculiar: la vida de barrio. Los relatos de los vecinos, tanto de los conjuntos habitacionales citados, como de los barrios obreros, son pródigos en destacar su vida comunitaria anclada al territorio.

Los paisajes culturales modernos para empleados se caracterizan por ser conjuntos habitacionales de gran

extensión, ubicados actualmente en el pericentro, y originalmente en la periferia de las ciudades latinoamericanas, con gran espacialidad pública, áreas verdes, peatonalización, centros de encuentro comunitario y vecinal, y oficinas de atención de las corporaciones y/o administración.

Los paisajes culturales modernos para obreros se caracterizan por tener una configuración de manzana compacta, tipo fachada continua o cité y pasaje. Se emplazan generalmente cercanos a instalaciones fabriles, espacios de sociabilidad asociada al trabajo: sindicatos, mutuales, y equipamiento comunitario y vecinal: centros de salud primarios, escuelas, infraestructura deportiva y cultural, etc.

A pesar de la modernización urbana neoliberal, los habitantes se resisten a abandonar, o reconvertir su modo de vida a los cánones actuales, anclados en el predominio de la individuación y el consumo. De esta manera, la protección patrimonial de sus barrios y conjuntos, a través de la Declaratoria de Zona Típica, se constituye como una estrategia legal de conservación de su patrimonio habitacional y arquitectónico. De esta manera se conforma una nueva tipología preservacionista: el Patrimonio Habitacional Moderno.

Así, la progresiva patrimonialización de estos conjuntos y barrios entraña una serie de desafíos para el futuro como son su sustentabilidad, y resistencia a presiones exógenas que impliquen el retiro de condición de Zona Típica, desafío no menor para comunidades en cuyos territorios el Estado se ha retirado, el capital inmobiliario ve oportunidades de negocios y los municipios son sensibles a los vaivenes políticos que periódicamente están cambiando las reglas del juego a través de su Plan Regulador Comunal.

Referencias

- Agrupación Matta Sur. (2012). *Expediente para la Declaratoria de Zona Típica del Barrio Matta Sur*. Santiago de Chile: Laboratorio Patrimonio Activo, Facultad de Arquitectura, Universidad de Chile.
- Amendola, G. (2000). *La ciudad posmoderna: magia y miedo de la metrópolis contemporánea*. Madrid: Celeste.
- Bagnera, P. (2011). *Patrimonio y participación. El caso de casa Colectiva n° 1, Ciudad Evita*. Trabajo presentado en las Jornadas ICOMOS, San Miguel de Tucumán.
- Brenner, N., Peck, J., & Theodore, N. (2015). Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados. En Traficantes de Sueños (Eds.), *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas* (pp. 211-243). Madrid: Traficantes de sueños. Recuperado de <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/El%20mercado%20contra%20la%20ciudad%20-%20Traficantes%20de%20Sue%C3%B1os.pdf>
- Carvajal, R. y Muñoz, C. (2016). Vecinos por la defensa del barrio Yungay: experiencias de articulación, propuestas y participación ciudadana (2005-2015). En J. Llano, J. Solís y M. Valencia (Eds.), *Estéticas de la participación*. Santiago: Universidad Central.
- Choay, F. (2014). *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Davis, M. (1990). *City of Quartz. Excavating de future in Los Angeles*. Londres y Nueva York: Verso. Recuperado de http://ouleft.org/wp-content/uploads/Mike_Davis_City_of_Quartz.pdf
- D.E. N° 2050 (2007) del Ministerio de Educación. Declara monumento nacional en la categoría Zona Típica o pintoresca sector de la Maestranza de Ferrocarriles San Eugenio y en la categoría de monumento histórico las edificaciones correspondientes a las dos casas de máquinas, dos tornamesas, taller, bodega sur, chimenea industrial y la bodega norte, ubicados en la comuna de estación central, Provincia de Santiago, Región Metropolitana, 24 de octubre de 2007. Recuperado de <http://bcn.cl/1va15>
- Decreto N° 377 (2010) del Ministerio de Educación. Declara monumento nacional en la categoría de Zona Típica o pintoresca al “Conjunto EMPART de Ñuñoa” ubicado en sector que indica de la comuna de Ñuñoa, Provincia de Santiago, Región Metropolitana, 14 de septiembre de 2010. Recuperado de <http://bcn.cl/213h9>
- Deutsche, R. y Ryan, C. (2015). El bello arte de la gentrificación. En Traficantes de Sueños (Eds.), *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas* (pp. 27-52). Madrid: Traficantes de sueños. Recuperado de <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/El%20mercado%20contra%20la%20ciudad%20-%20Traficantes%20de%20Sue%C3%B1os.pdf>
- Florida, R. (2002). *The rise of the creative class: And how it's transformation work, leisure, community, and everyday life*. Nueva York: Basic Books.
- Forray, R., Márquez, F., y Sepúlveda, C. (2011). *Unidad Vecinal Portales. Arquitectura, identidad y patrimonio*. Santiago de Chile: SEREMI Región Metropolitana, Vivienda.
- Gertosio, R. (2016). *Villa Frei. Ciudad Utópica*. Santiago de Chile: Editorial Sa Cabana.
- Girola, M. (2005). Experiencias del lugar en un gran conjunto habitacional en la ciudad de Buenos Aires: del proyecto moderno a la relegación urbana. *Kairós Revista de Temas Sociales*, 9(16), 1-14. Recuperado de <http://municipios.unq.edu.ar/modules/mislibros/archivos/Microsoft%2520Word%2520-%2520Florence%2520Girola.pdf>
- Glaeser, E. (2011). *El triunfo de las ciudades*. Madrid: Taurus.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal. Recuperado de http://www.cronicon.net/paginas/Documentos/CIUDADES_REBELDES.pdf
- Leitner, H., Peck, J. & Sheppard, E. (Eds.) (2007). *Contesting neoliberalism. Urban frontiers*. Londres: The Guilford Press.
- López-Morales, E., Gasic Klett, I., y Meza Corvalán, D. (2012). Urbanismo pro-empresarial en Chile. Políticas

- y planificación de la producción residencial en altura en el pericentro del Gran Santiago. *Revista INVI*, 27(76), 75-114. <https://doi.org/10.4067/s0718-83582012000300003>
- Martínez, M. y Ellison, N. (Coords.) (2009). *Paisajes, espacios y territorios*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Meza, B. y Linero, M. (2013). *Super-bloque Cerro Grande. Primera Unidad de Habitación en Caracas*. Trabajo presentado en XII Congreso Latinoamericano de patología de la construcción, Colombia.
- Navarro, V. y Ciselli, G. (2016). *Paisajes culturales y patrimonio. Expresiones de la cultura territorial*. Santa Cruz: Universidad Nacional de la Patagonia Austral.
- Nieto, T. (2008). *Estrategias narrativas del paisaje*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Olguín, R. (2016). *Protección legal en torno al patrimonio habitacional moderno en América Latina. Descripción de seis casos representativos. Documento anexo número 1. (Inédito). Proyecto Fondecyt - Conicyt N° 11150218*. Manuscrito inédito.
- Raposo, A. (2001). *Espacio urbano e ideología. El paradigma de la Corporación en la arquitectura habitacional chilena*. Santiago de Chile: Universidad Central.
- Rey, J. (s/f). El paisaje como proyección artística y cultural del ser humano. En J. L. Crespo (Coord.), *Anuario de Arte y Arquitectura*. Cuenca: Universidad de Cuenca. Recuperado de <http://www.eumed.net/libros-gratis/ciencia/2015/32/paisaje.htm>
- Ricoeur, P. (1983). *Time and narrative. Vol II*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rosas, A. (2005). Las disputas por el patrimonio. Transformaciones analíticas y contextuales de la problemática patrimonial en México. En N. García Canclini (Comp.), *La antropología urbana en México* (p. 65). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Rojas, M. (2015). *Dialéctica del patrimonio: modernización y cultura activa en disputa*. Ciudad de México: Ediciones del Lirio.
- Rodríguez, A. y Rodríguez, P. (Eds.). (2009). *Santiago, una ciudad neoliberal*. Quito: Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos, OLACCHI.
- Soja, E. (2000). *Posmetropolis. Critical studies of cities and regions*. Oxford: Blackwell.
- Soja, E. (2003). *Postmodern geographies. There reassertion of space in critical social theory*. Londres y Nueva York: Verso.
- Valencia, M. y Olguín, R. (2015). El continuum neoliberal en el desarrollo urbano chileno. Ideología, políticas y normativas. 1976-2006. En J. Solís y M. Valencia (Eds.), *Neoliberalismo, sustentabilidad y ciudadanía* (p. 46). Santiago de Chile: Universidad Central.
- Vicuña, M. (2013). El marco regulatorio en el contexto de la gestión empresarialista y la mercantilización del desarrollo urbano del Gran Santiago, Chile. *Revista INVI*, 28(78), 181-209. <https://doi.org/10.4067/s0718-83582013000200006>
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferia y Estado*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Wacquant, L. (2010). *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginación y penalización*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.